

ÁNGEL LOZANO
HISTORIAS DE ATARDECER
1. El sol de Atardecer



RONCAL

HISTORIAS DE ATARDECER

(La saga del Interior de la Tierra)

1. EL SOL DE ATARDECER

HISTORIAS DE ATARDECER
(La saga del Interior de la Tierra)
1. El sol de Atardecer
© Ángel Lozano, 2017

Diseño cubierta e ilustración: Ángel Lozano
Maquetación cubierta e interior: Irene Orozco

Se prohíbe la reproducción total o parcial del contenido de este libro sin la expresa autorización escrita por parte del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1974254743 (CreateSpace Assigned)

Para mis padres, que me lo dieron todo.

Hay otros mundos, pero están en éste
(Paul Éluard)

¿UNA IDEA GENIAL?

Atardecer es un pequeño pueblo situado en un túnel de Metro abandonado, perdido entre los túneles de Metro de cualquier ciudad del mundo en la que haya túneles de Metro abandonados.

Las gentes que viven en Atardecer son diminutas, del tamaño de una pipa de calabaza, y tienen el pelo y la piel de color verde manzana, pero esto es solamente cuando la luz del semáforo bajo el que está enclavado el pueblo es de color verde, pues cuando aquél cambia a rojo todo se vuelve rojo en Atardecer: las casas y la piel de las personas. Y cuando el semáforo se apaga cae de repente la noche -una noche negra y silenciosa- hasta que vuelve a amanecer de color verde.

Es entonces cuando canta el gallo de Atardecer, un pintoresco animal con tres patas y un pico largo y afilado. Casi todos los animales de Atardecer son pintorescos. Los perros, por ejemplo, tienen cabeza de gato, y los gatos cabeza de perro, por lo que resulta complicado saber con exactitud cuáles son los perros y cuáles los gatos, pues unos y otros son un poco de todo. No obstante, en Atardecer los distinguen perfectamente.

Ha cantado el gallo y los habitantes de Atardecer se levantan para iniciar su jornada. Todos excepto Smuk y Stuk, sus dos ancianos jefes, que duermen casi siempre hasta el mediodía.

Smuk y Stuk no realizan actividad alguna, pues al ser los

encargados de tomar las decisiones importantes se pasan el día entero pensando -o eso es lo que deberían hacer, porque en realidad se lo pasan discutiendo-, por lo que al acostarse se encuentran tan cansados que para recuperarse necesitan dormir más que los otros.

Smuk y Stuk son como el día y la noche, no sólo físicamente, sino también de carácter. Tal vez por eso discuten tanto. Smuk es flaco y larguirucho, como una aguja de coser, y tiene la tez pálida y una larguísima barba blanca que suele recoger con una cuerda a la cintura para no tropezar con ella al andar. Stuk, en cambio, es oblongo y achatado, como una castaña, y su cara, de tez oscura, es tan lampiña como la de un recién nacido.

Smuk y Stuk casi nunca se separan en todo el día. Viven en la misma casa, comen juntos y se sientan cada uno en su banco a un lado y a otro de la puerta de entrada, Smuk apoyado en su grueso bastón de magoma negra y Stuk en su fino cayado blanco de espuma petrificada. Sólo se separan para ir al baño, pero hasta para eso deben ponerse primero de acuerdo, o mejor dicho: ni para eso, pues cuando uno decide ir el otro también tiene ganas, y al final han de echarlo a suertes, eso sí, después de una de sus consabidas discusiones a gritos, alaridos y hasta mamporros y bastonazos si hace falta.

A los habitantes de Atardecer les parece muy divertido verlos a los dos constantemente a la greña, y si no fuera que Bella, su criada, se desespera porque no hace otra cosa que poner paz entre ellos, adecentar lo que desordena cada uno con tal de fastidiar al otro o recomponer lo que ambos destrozan cada vez que se enzarzan, también se lo parecería a ella.

Lo mejor es ver cómo empiezan -y cómo siguen y cómo acaban- cada vez que a uno se le ocurre una idea brillante. Por ejemplo, aún se recuerda la de construir una red de canales con cáscaras de cacahuete cortadas a lo largo y ensambladas entre sí para llevar agua al pueblo. Aunque no fue posible ponerla en práctica porque las cinco únicas cáscaras que se encontraron en la zona conocida -nadie sabía de dónde habían salido- no dieron más que para algunas decenas de metros, y la cascada de goteras se encontraba cien veces más lejos de lo que el hallazgo daba de sí.

-¿Lo ves, cómo era una idea estúpida?- se había mofado Smuk de Stuk al ver que se habían quedado tan cortos que lo mejor hubiera sido no haber empezado-. Tan estúpida como tú, viejo rechoncho y depilado.

-Por supuesto que lo era, tal como yo te advertí cuando te empeñaste en ponerla en práctica- había contraatacado Stuk-, lo que demuestra que tu cerebro es tan famélico como tu esqueleto.

-¿Que tú me advertiste?- se defendió con energía Smuk-. ¡Pero si fue idea tuya, globo chocho y desplumado hecho de parches mal cosidos! ¿O es que ya no te acuerdas?

-¿Mía? ¡Negarás que fue tuya, cana flácida y deshilachada!

Los gritos habían llegado hasta el centro del pueblo –los ancianos vivían a las afueras, en la ladera de la colina más elevada de las siete que circundaban Atardecer-, donde Bella se encontraba comprando provisiones, y tuvo que dejar su cesto y subir corriendo para separarlos, pues, pertrechados cada uno en un extremo de la larga mesa del comedor, ya habían comenzado a arrojarse cuantos objetos encontraban a mano.

Sí, en verdad la vida era plácida en Atardecer en aquel tiempo. Los días se sucedían tranquilos y sin cambios: verde, rojo, noche, verde rojo, noche..., y eso era algo que, lejos de aburrir a los habitantes del poblado, los llenaba de satisfacción.

Hasta que el semáforo comenzó a fallar.

No habían pasado muchos días desde la primera vez en que, en pleno mediodía, se apagó con un chisporroteo que resonó en el túnel como si la tierra estuviese abriéndose por todas partes. Temerosos, los habitantes de Atardecer corrieron hacia la casa de los dos ancianos para preguntarles qué ocurría, pero ninguno de los dos fue capaz de encontrar una explicación al fenómeno, o al menos una que compartieran ambos.

Desde entonces, la luz del semáforo había vuelto a apagarse en varias ocasiones, unas veces parpadeando primero, otras repentinamente. Los habitantes de Atardecer estaban desconcertados, el gallo cantaba a cualquier hora, enloquecido por aquel desorden temporal, y las discusiones entre Smuk y Stuk eran constantes:

-Seguro que se apaga porque está harto de verte cuando se enciende- se burlaba Stuk de Smuk.

Pero éste había dejado de responder a sus provocaciones.

-¡Idiota, cerebro de garbanzo! ¿Cómo puedes tener ganas de bromear sobre una cosa así? ¿No ves que nuestra luz se está muriendo?

-¡Pamplinas! ¡Y no estoy bromeando, sino que es lo que pienso! ¡Bufón!

-¡Y tú ignorante!- lo empujó Smuk, derribándolo.

Stuk lo sujetó por un pie cuando Smuk quiso caminar hacia el interior de la casa, haciéndolo caer a su vez.

-¿Qué te pasa? ¿Ya no te divierte discutir conmigo?- dijo-. Malgastas tu escaso cerebro con preocupaciones absurdas. ¿Ves cómo no eres más que un viejo engreído, aparte de una longaniza apestosa y descolorida?

Smuk le dio un bastonazo en una pierna desde el suelo -no soportaba que Stuk lo llamase longaniza apestosa y descolorida- y Stuk se lo devolvió en la cabeza. Por fortuna ni la espuma ni la magoma, a pesar de ser materiales duros y resistentes, causaban el menor daño.

Y fue al recibir el golpe, cuando Smuk...

De pronto chilló, y dio tal salto de júbilo que se golpeó de nuevo el cráneo, esta vez contra el banco, y volvió a caer al suelo.

Bella, que ya venía corriendo, alarmada al darse cuenta del rumbo que había tomado la batalla, salió de la casa secándose las manos en el delantal, pues estaba haciendo la colada.

-¿Qué pasa aquí? ¡Vaya escándalo!- exclamó-. ¡Me tenéis loca! ¿Es que nunca os cansaréis de pelearos? ¡Vais a acabar matándoos! A ver: ¿qué os habéis hecho esta vez?- preguntó al verlos por tierra a los dos, doloridos y refunfuñando porque apenas podían levantarse.

Smuk se encontraba visiblemente excitado. Temblaba.

-¡Bella, llama a los demás!- le dijo mientras ella lo ayudaba a incorporarse-. ¡Corre!

-Pero ¿qué os sucede, señor Smuk?- insistió Bella-. ¿Seguro que estáis bien? ¿Y vos, señor Stuk? ¿También estáis bien?

-¡No preguntes y corre!- apremió Smuk-. ¡Reúnelos a todos, ahora mismo, en la plaza! ¡Muévete, mujer! ¡Es importante! ¡Corre, te digo!

Bella no entendía nada, pero pensó que debía de tratarse de algo fuera de lo común, pues nunca había visto a Smuk tan excitado, de modo que, dejándolos maltrechos en el suelo, salió disparada sin ver cómo el anciano propinaba un bastonazo a la cabeza de su compañero, volando de un lado para otro enloquecida y gritando:

-¡Venid! ¡Apresuraos! ¡Smuk quiere hablarnos a todos en la plaza! ¡Corred, es importante!

-¡Sí que debe serlo, demonios!- exclamó al oírla Olak, que se disponía a ordeñar una extraña cabra con dos cuernos hacia arriba y dos hacia abajo-. ¿Puedo llevar la cabra conmigo y acabar de ordeñarla allí? ¡Esto también es importante!

Bella no llegó a oírlo, pues se había alejado vociferando como una descosida, pero los que lo escucharon se echaron a reír. Olak era así; siempre estaba de buen humor. Él sería algún día el sucesor de los dos ancianos cuando estos fallecieran. Era el más indicado para hacerlo, no sólo por su talento especial para pensar, sino también por su capacidad para mantener la serenidad en las situaciones más difíciles. Por eso tanto Smuk como Stuk procuraban contar de antemano con su aprobación a la hora de tomar la mayoría de las decisiones. ¡Eso era lo único en que, a su pesar, estaban de acuerdo! Sin embargo, nadie se paraba a considerar tales cuestiones, pues imaginar el pueblo sin sus escandalosos y peculiares jefes era algo que no entraba en la cabeza de los habitantes de Atardecer.

Todos aguardaban ya en la plaza, hablando al mismo tiempo y preguntándose qué podría ser tan importante, mientras Bella continuaba voceando desde lo alto del templete, desgañitándose, y algunos ayudaban a los ancianos—que venían renqueantes apoyándose el uno en el otro- a subir los últimos peldaños de la escalera.

-¡Vamos, mujer! Deja de chillar. ¿No ves que ya no falta nadie? Anda, ayúdanos a sentarnos, o a mí por lo menos. Este templete está cada vez más alto.

Stuk rezongó. Bella dejó de dar gritos y ofreció a ambos sus robustos brazos para que se sentaran. Smuk carraspeó con fuerza, y Stuk carraspeó más fuerte aún. Entre los que esperaban se hizo un silencio absoluto. Eran unos trescientos. Atardecer en pleno.

Smuk los observó mientras Stuk lo observaba a él. Atardecer era en aquel momento de un hermoso color rojo. Por fin, una amplia sonrisa inundó de luz su rostro. Sabía muy bien lo que iba decir para no alarmar a nadie. Entonces se levantó y, con una energía inusual y una voz clara y vigorosa, que no parecía la suya, exclamó sin preámbulos:

-¡Traeremos el sol a Atardecer!

Nadie reaccionó, nadie dijo nada, ni un “¡oh!” de asombro. Sólo Stuk hizo un gesto con las manos, como si lo que acababa de decir Smuk le pareciese una chifladura. El semáforo se puso en verde y Atardecer se volvió verde también. ¿Qué era el sol? ¿Un aparato? ¿Una planta? ¿Estaría Smuk enloqueciendo de tanto pensar? Se habían quedado de una pieza.

Smuk se regodeó al advertir el efecto que habían producido sus palabras entre los habitantes de Atardecer. Sólo él había visto en una ocasión el Mundo Exterior -decía haber llegado a él cuando era niño, formando parte de una expedición que se había extraviado en los túneles- y, aunque Stuk y Olak lo habían oído hablar de él alguna vez, nadie más en el pueblo conocía la existencia del sol.

A decir verdad, ninguno de los que lo escuchaban tenía interés por nada que no fuera Atardecer. Eran felices allí y no se preocupaban por saber qué podía haber en otras partes, ni si había otras partes siquiera. Y no lo hacían porque cuanto tenían les bastaba y no sentían necesidad de pensar en nada más. Sin embargo, eso no impedía que escuchasen boquiabiertos lo que Smuk les descubría de pronto sobre un mundo de cuya existencia jamás habrían sospechado, un mundo tan distinto del que ellos conocían, y de un largo viaje y del sol.

-El sol no es como nuestra luz, sino que nunca se apaga-decía Smuk- y además permite que cada cosa tenga su propio color. Cuando hayamos traído el sol, Atardecer dejará de ser primero verde y luego rojo, y luego verde, y luego rojo...

Los que escuchaban permanecían atónitos. A nadie le parecía mal que Atardecer cambiase de color constantemente -claro que nunca habían reparado en ello- y, aunque lo consideraban un lugar maravilloso tal y como era, si Smuk decía que con el sol iba a serlo más sin duda sería así.

¡Así que Atardecer no era ni verde ni rojo, sino que tenía su propio color! ¿Cuál sería el auténtico color de Atardecer?

Se quedaban maravillados al escuchar las palabras de Smuk, e incluso Olak, para quien no era novedoso lo que oía, hacía caso omiso de las irónicas miradas con que Stuk acompañaba por momentos el discurso de su colega, y aunque no entendiese la necesidad de que los colores de Atardecer fuesen unos en lugar de otros, se asombraba una vez más de la sabiduría de aquel hombre que, a pesar de los años y bajo su frágil apariencia, todavía podía expresarse con una energía y un entusiasmo capaces de embelesar a su auditorio.

Y así, sin darse cuenta, se dejaron arrastrar por la euforia de Smuk y pensaron, convencidos, que aquel sol del que jamás habían oído hablar haría que la vida en Atardecer fuese aún más hermosa.

Y eso que la vida en Atardecer era ya muy hermosa.



En la oscuridad, el pequeño ser se agitó como si despertase de un letargo. Una tenue luz brilló dentro de su cuerpo y su atención se activó, volviendo a estar presente. Estiró el cuello, y lo que debía de ser su cabeza estudió las débiles señales que percibía, escrutando más allá del opaco silencio.

Avanzando en la dirección de la que provenía la alteración que lo había despertado, emitió varios sonidos imprecisos: chirridos, silbidos, chasquidos..., antes de detenerse, y, durante unos minutos, pareció sondear el espacio, escuchando con la máxima atención.

Poco después las señales cesaron y la oscuridad volvió a quedar silenciosa y vacía. La cabeza del ser giró entonces

en todas direcciones, escudriñando el aire. La quietud había vuelto a adueñarse del túnel. No obstante, el ser permaneció aún durante un rato en un estado de aparente atención, hasta que, con una sucesión de breves chasquidos, retrocedió para regresar al lugar en el que se encontraba antes de activarse y, una vez allí, adoptó su anterior actitud de reposo y volvió a dormirse.

HISTORIAS DE ATARDECER (La saga del Interior de la Tierra)

1. El sol de Atardecer

Atardecer: un pequeño pueblo enclavado en un túnel de Metro abandonado bajo un semáforo que todavía funciona y habitado por unos seres humanos del tamaño de una pipa de calabaza.

La vida es plácida en Atardecer y los días se suceden tranquilos y sin cambios. Sus habitantes viven felices allí y no se preocupan por saber qué puede haber fuera de Atardecer, pues cuanto tienen les basta y no sienten necesidad de desear nada más.

Hasta que el semáforo comienza a fallar.

Aterrados ante la posibilidad de que su sol esté muriéndose, deciden organizar una expedición al Mundo Exterior, del que no conocen prácticamente nada, al objeto de llevarse su sol para que dé luz a Atardecer.

Una epopeya a través de una maraña de túneles de Metro, alcantarillas gigantescas y galerías infestadas de criaturas descomunales y peligrosos e inimaginables hasta llegar al Mundo de Superficie, a la vez que al descubrimiento de algunos de los insospechados secretos que encierra el Interior de la Tierra.

El viaje a Agartha comienza.

